

HISTORIAS DE ASESINOS, TAHÚRES, DAIFAS,  
BORRACHOS, NEURÓTICAS Y POETAS



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON



LUIS ANTÓN DEL OLMET (Bilbao, 1886 - Madrid, 1923)

*Luis Antón del Olmet*

---

Luis Antón del Olmet  
HISTORIAS DE ASESINOS, TAHÚRES, DAIFAS,  
BORRACHOS, NEURÓTICAS Y POETAS

Edición de Rubén López Conde



GINGER APE BOOKS&FILMS

Título original: Espejo de los humildes. Historias de asesinos, tahúres, daifas, borrachos, neuróticas y poetas, zurcidas para estímulo de probos y castigo de bellacos

Autor: Luis Antón del Olmet

Colección: Thompson&Thompson

TT02-00003-A

Primera edición en Ginger Ape: agosto de 2012

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S.L.

© De la introducción: Ginger Ape Books&Films, S.L.

© Copyleft.

Ginger Ape Books&Films, S.L. autoriza la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión por medios impresos o telemáticos siempre que el uso y/o la distribución no persigan fines comerciales.

ISBN: 978-84-940146-4-2

Depósito legal: AL 639-2012

BIC: FC

Printed by Publidisa

Ginger Ape Books&Films, S.L.

[www.gingerapebooks.com](http://www.gingerapebooks.com) · [www.facebook.com/gingerapebooks](http://www.facebook.com/gingerapebooks)

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	09
Luis Antón del Olmet o la incuria de los tiempos .....	11
Luis Antón del Olmet. Aproximación biográfica.....	17
Apéndice bibliográfico.....	29
HISTORIAS DE ASESINOS, TAHÚRES, DAIFAS... ..	39
Vaho de madre .....	41
La verdad en la ilusión.....	83
La viudita soltera .....	123
¡Quiero que me ahorquen!.....	159
La risa del fauno .....	201

LA VERDAD EN LA ILUSIÓN

*Los Contemporáneos*, 204, Madrid, 1912



## PRÓLOGO

*A un hombre bárbaro y feliz, que vive sin penas y sin literatura.*

Me has escrito una carta ingenua, íntima, que transparenta el reposo de tu alma y el sosiego de la campiña gallega en cuyo regazo te arrullas, te disuelves, te acabas feliz... En ella hay un renglón trágico: «¿Lees mucho? ¿Piensas mucho?». Era la poesía del campo, la inocencia suave de lo impasible, la salud espiritual del vivir quieto, sin afanes, sumido en una ignorancia florida, quien me hacía esa pregunta bárbara, sarcástica, dislacerante...

«¿Lees mucho? ¿Piensas mucho?».

Y eso me lo dices tú, sentado en el huerto, viendo crecer las flores, escuchando los vagidos tenues de una pródiga naturaleza fragante y callada, mientras preludiaría, allá en lo remoto, bajo la capucha monástica de un ciprés, su cantata melódica el ruiñeñor. Y eso me lo dices tú, bárbaro, envidiable campesino sin literatura, brincando como un chacal rotundo, afirmativo, ignorante y dichoso, en la mitad tristísima de mis pobres inquietudes selectas.

«¿Lees mucho? ¿Piensas mucho?».

No quiero contestar a esa pregunta inicua en una carta deleznable. Te brindo este cuento. Es como una corona de púas clavada en mis sienes, como un cilicio enroscado a mi carne. Leo. Pienso. Estoy sumido en la melancolía. Guarda estas páginas como atribulado símbolo de mis penas. Luego, brutal, inocente, deja cantar al ruiñeñor bajo tu ciprés, aspira los esparcidos aromas de tu huerto,

no leas, no medites, sé humilde, sé bueno, sé ignaro, no sacudas la dulce pereza de tu ánimo, y sobre todo, nunca, mientras vivas feliz, me preguntes si existo.

## I

¡Cuál no sería mi asombro al encontrarme tras de la vitrina de un museo, convertido en momia, expuesto como un vestigio de civilizaciones pretéritas! ¡Cuál no sería mi estupor al despertar y verme rodeado por gruesos cristales, entre un ánfora griega y la túnica de un faraón!

Era realidad, estuve a punto de sobresaltarme y hasta de insultar después al conserje que iba y venía por la estancia, ataviado con prolija ridiculez y abatido por un aire absolutamente idiota. ¡Caramba, que para un hombre como yo, culto y bien nacido, y hasta con sus pujos de sibarita, es fuerte cosa sentirse objeto de la curiosidad pública, no inspirando sentimientos más nobles que los arrancados a la arqueología por un hacha de sílice o una pintura mural de las cavernas!

Felizmente dióle tiempo el asombro a la memoria, y pude recordar, y pude reprimir el arrebato. Sí, en efecto. Yo me había dormido inopinadamente. Acababa de tomar el baño, y cuando ya vestido disponíame a rizar la blonda rebeldía de mi bigote, oí un ruido bárbaro, descomunal, unánime, que lo atronaba todo. Luego se abrió la puerta del tocador y entró mi hermana despavorida. Después un gran estremecimiento, una brutal convulsión en el orbe. Caí. Me fui quedando sin vista, sin oído, sin tacto. Al fin, un sueño profundo, inevitable, se apoderó de todo mi ser... Sí, yo había dormido mucho tiempo. Hice una pausa en el raciocinar y exclamé bastante molesto:

—¡Ah!, pero ¿es justo que unos desalmados aprovechen tal ocasión para trocarle a uno en guiñapo de museo? ¡Bonita manera de socorrer a un pobre ciudadano víctima de una catástrofe! Porque yo he sido víctima de algún fenómeno colosal, de algo estupendo y maravilloso que mi espíritu atolondrado no recuerda.

Un instante más de meditación, y todo lo vi claro. Aquello había sido un terremoto. Yo había caído entre las ruinas de mi casa, tal vez entre las ruinas de todo Madrid. Pero no había muerto. No,

eso era indudable, puesto que abría los ojos y pensaba y me sentía vivir, renacer. Yo había estado inerte, como fenecido, viviendo en un letargo absoluto. Así dicen que yacen algunos hombres del Polo, bajo la nieve, seis meses del año. Así fueron tomados por muertos algunos infelices a quienes asáltales bajo tierra el despertar.

—¡Cielos! —me dije descubriendo mi fortuna—. Menos mal que les he parecido un tipo curioso, y que se les ha ocurrido traerme a esta clemente vitrina, de la que voy a escaparme como es lógico, para seguir viviendo como es lícito.

Y sentí la tentación de asestarle una terrible coz al cristal, y darme con presteza a la fuga. Pero me detuvo una reflexión. ¿Me creerían un ser de otro mundo, un endemoniado? ¿Tomarían mi catalepsia inocente por algo sobrenatural y formidable? ¿Me matarían de verdad los bárbaros que me condenaron a encierro en vitrina?

Así contuve mis ímpetus, me achanté, como suele decirse, aproveché al fin un descuido del vigilante, salí como un zorro, sin ser visto, y me lancé a la calle por una puertecilla excusada.

El mundo era completamente insólito. No quedaba un trozo de mi viejo y amado Madrid. Las casas eran enormes colmenas por cuyas ventanas entraban y salían los aparatos voladores que remedaban a mis incipientes monoplanos. No había tranvías ni coches. Los viandantes se deslizaban por unas láminas de acero que corrían vertiginosas. No había tiendas, ni guardias municipales, ni charcos, ni escombros, ni nada que revelase la existencia de un Ayuntamiento. Los hombres eran todos calvos, no tenían dientes, y hablaban un idioma parecido al español, algo así como si sobre este preclaro idioma hubiese caído el chaparrón de mil voces absurdas y extrañas. Las mujeres, a quienes al principio no supe distinguir, eran flacas, ágiles y feas. Llevaban el pelo cortado, y sólo se las podía descubrir en que hablaban pestes las unas de las otras. Los trajes de mujeres y de hombres eran sencillos y monótonos. La humanidad aparecía uniformada bajo unas túnicas grises, muy poco elegantes, y bajo unos sombreros de paja enormes y burdos. Era frecuente que los niños llevasen anteojos. Algunos que jugaban en corro se deleitaban con un entretenimiento asaz protervo. Hacían pelearse, dentro de una vasija con agua, a dos seres diminutos, a los que llamaban el microbio del cáncer y el microbio de la tuberculosis, ya tan dome-

ñados que tan sólo servían para distraer a los pequeñuelos.

Al principio no causó extrañeza mi traza. Pero cuando la gente comenzó a fijarse en mí, entróme gran rubor de extranjería. Y lo confieso avergonzado, sentí la ignominia de mi pelo abundante y rizado, de mis blancos dientes y de mi traje, un traje primorosamente cortado por el mejor sastre de Madrid.

—Habrà que ponerse a tono —me dije, pensando en afeitarme la cabeza y en hacerme extraer la dentadura—. Y habrá que adquirir una de esas túnicas horrendas sacrificando la elegancia de mi indumentaria al buen parecer de todos estos asnos.

Busqué un bazar de ropas hechas, y como no viese ninguno, me acerqué al fin a un transeúnte, para indagar:

—Oiga, ciudadano, ¿dónde podría comprarme una de esas tunicuitas que usan ustedes?

Al interlocutor pareció hacerle mucha gracia mi pregunta. Lo digo porque presumo que sonrió, aunque estos hombres misteriosos parecían haber abolido el alborozo.

—Se conoce que acaba usted de llegar. ¿Es usted de Marte? ¿Acaso de Júpiter?

—No. Soy un madrileño sencillo, de Pozas.

El hombre desdentado tuvo una segunda risita pusilánime.

—¡Madrid! Habla usted de una ciudad que no existe desde hace cuatro siglos.

Yo me quedé absorto. ¡Había dormido cuatrocientos años! Volví a mirarlo todo con anhelo, con intensa curiosidad. ¡Claro, vivía en otra muy distinta civilización, en otro ambiente, cuatro siglos adelantados a mi pobre cerebro primitivo!

Expliquéle al transeúnte lo que me había sucedido, no pareció extrañarse demasiado, se compadeció de mi total ignorancia, y se declaró mi protector y guía.

—Vaya, venga usted conmigo —exclamó—. Iremos al gran almacén de túnicas, se proveerá usted, y ya vestido convenientemente, podrá empezar a vivir como un hombre civilizado.

Sacó un teléfono sin hilos de una faltriquera, habló con los aires, descendió un aeroplano hasta nuestros pies, subimos, y atravesamos el éter.

Fui todo el tiempo estupefacto. La visión no podía ser más inusitada. Bajo el aparato volador extendíase la ciudad, es decir, un

conjunto abigarrado y monstruoso de grandes edificios: campos muy verdes que se veían crecer por instantes, que se reseocaban por minutos, y cuyas cosechas eran recogidas, al paso que yo pude adicionar, a las pocas semanas de haber sembrado la simiente; fábricas descomunales, sin chimeneas, movidas todas indudablemente por la electricidad o por el radio. Más allá de la población extendíase una llanura monótona, sin el menor vestigio de antigua belleza, sometida, torturada por el hombre. Las montañas, perforadas por cien túneles, no eran estorbo ni frontera. Las nubes, miedosas, atemorizadas sin duda, estaban muy altas, y allí, remotísimas, pusilánimes, cercanas del sol, parecían contemplar el espectáculo de la Naturaleza con un aire triste y pensativo. Yo le di con el codo a mi protector, y le hice un repiqueteo de interrogaciones ingenuas.

—¿Por qué no bajan las nubes hasta el suelo?

—Porque no queremos los hombres. Ustedes, los que vivían en la época bárbara, estaban expuestos a las veleidades meteorológicas. Si tenían ustedes ganas de calentarse los huesos, llovía. Si sentían en cambio la necesidad de que lloviese, lucía el sol calenturiento, anonadante. Eran ustedes como las bestezuelas, esclavos del capricho terrestre. Nosotros hemos dominado a la naturaleza. El sol y las nubes son nuestros servidores leales. Luce cuando queremos. Llueve cuando nos da la gana.

Mis ojos, consternados, hicieron una pregunta silenciosa:

—Es muy fácil, hombrecillo dentado y peludo. Tenemos unas máquinas terribles, de una complicación para usted no sospechada, que fabrican las nubes, y que las envían lejos, muy lejos, allí donde no pueden obscurecer al sol. Por medio de intensos fluidos las mantenemos a raya. Cuando nuestros campos tienen sed o nuestras calles están demasiado secas, un disparo eléctrico despanzurra los nubarrones y llueve... Y llueve lo que deseamos y el tiempo que apetecemos. De una manera semejante hacemos nevar. Alguna vez que otra, por mero espectáculo, producimos el granizo, el rayo y el trueno.

Satisfecha mi curiosidad en este aspecto llovedizo, pregunté la razón a que obedecía aquel formidable crecimiento de las plantaciones.

—Échase de ver —me dijo el hombre civilizado— lo primitivo de sus procedimientos agrícolas. Ustedes no tenían centeno

ni trigo ni otra clase de cereales más que una vez al año, cuando el vientre cansino y cicatero de la tierra quería parirlos. Nosotros hemos abolido la tacañería del orbe. Un cultivo intensivo hasta la exageración, el empleo de abonos químicos, fuertes, energicos, vitales, la aceleración en el curso de las estaciones, pues nosotros fabricamos invierno y primavera, como ustedes fabricaban trapos, ha hecho que la tierra nos dé por lo menos doce cosechas anuales. Y así el hambre no es bajo el cielo más que una memoria lejana, una sombra pretérita y horrible de la que no queda ni el trasunto, algo así como fueron las pestes horrendas del siglo X para los hombres del siglo XX.

Empezó a entrarme una devota admiración por aquel individuo tan feo y tan civilizado.

—Son ustedes, en realidad, gente superior y privilegiada. Yo querría ser amigo suyo, y si fuera usted tan bondadoso, me atrevería a rogarle la dádiva excelsa de su protección.

Dicho lo cual, y como soy hombre lo bastante bien educado para saber practicar las reglas más refinadas de la cortesanía, le di mi nombre, y estuve a punto de ofrecerle mi casa en la calle del general Porlier.

—Me llamo —le dije— Domingo Beltrán, soy notario del ilustre colegio de esta corte y vivo...

Mi hombre echóse a reír, siempre de aquella manera tan suave y tan intelectual.

—¡Yo no tengo nombre ni apellido, señor! Esas eran costumbres salvajes. Nosotros, como no tenemos religión, ni tenemos familia, hemos suprimido tales motes arbitrarios. Nos conocemos por números. Yo soy el 1.111.111. A cada niño que nace se le designa su cifra correspondiente, una vez registrado en el gran almacén de criaturas. Eso es todo.

El 1.111.111 parecía estar muy satisfecho de semejantes bautizos abreviados. A mí, sin embargo, me pareció una cosa muy poco bella, y por de menos interesante.

—Diga usted, ¿tampoco usan nombre las mujeres?

—Tampoco. Se las conoce también por números.

Yo sentí la tristeza da semejante catalogación fría y rutinaria. Adiós aquellos nombres tan bonitos, suaves y apacibles que tenían nuestras novias. Adiós Paz, Angelita, Esperanza, Gloria, Mercedes.

Adiós felices tiempos en que las mocitas hechiceras decíanse de un modo fragante y tan sentimental. Me dio pena. ¡Qué lamentable tener que insinuarle a una mujer encantadora: «Escuche usted, 921».

Mas de pronto hubo de suspender mis interrogaciones y mis devaneos. El aeroplano se había metido por un ventanal en el gran almacén de túnicas. Era un establecimiento enorme de varios pisos, lleno de anaquelerías que guardaban las túnicas a millares, todas iguales, todas grises. Unos hombres flacos, sin dientes ni pelo, a uso de la moda antiestética, despachaban vestidos muy gravemente, como si realizaran un acto supremo y trascendental, sin aquella solicitud afable que distinguió a mis buenos horteras de la calle del Barquillo.

—A ver —dije con aire de comprador despabilado—, a ver, una tuniquita bien cortada y que me ajuste con garbo y gentileza.

El 1.111.111, cogiéndome de un brazo, me repuso casi brutalmente:

—No sea usted soez, y menos tramposo. ¿Cómo va usted a pagar la túnica? ¿Se imagina usted posible adquirirla sin dar nada en cambio?

Yo no he sido jamás deudor impertérrito ni lioso profesional. Cuando viví entre los hombres salvajes cometí siempre la imprevisión de no tener acreedores. Yo era un hidalgo perfecto, incapaz de ser procesado por estafa. Así, ante aquella frase mordaz, verdaderamente inadmisibile, me revolví lleno de indignación, exclamando:

—Oiga usted, caballero. Yo no voy a robar esa túnica, muy fea y muy ridícula, por otra parte. Yo he llevado siempre erguida mi cabeza, y no hubo sastrería ante cuya puerta me fuera preciso dar un rodeo. Aún tengo, si no me despojaron en la vitrina sus esbirros de usted, un par de duros con que pagar semejante guiñapo.

Estas frases, tan caballerosas como enérgicas, lejos de intimidar al 1.111.111 le hicieron reír satíricamente.

—Hombrezuelo primitivo y quisquilloso, ignora usted lo que se dice. Guarde usted su grotesco par de duros. Tengo idea de que los hombres bárbaros, empleaban la moneda para realizar sus transacciones, y por ende sus tropelías. Nuestro siglo, siglo venturoso que no conoce esclavos ni déspotas, suprimió la moneda por dañina, por inmoral, por complicada. A usted le resulta muy fácil dar

unos cachos de metal a cambio de una túnica. Dé usted esfuerzo, trabajo, equivalencia. Luche usted, afánese usted.

Me quedé sin resuello y a punto de llorar angustiado. No existía el dinero. ¿Qué haría yo de mis cuatro mil duros de renta? Ni aún dándolos enteros en un acto dispendioso me entregarían una de aquellas túnicas horribles. ¿Qué sería de mi existencia? ¿Me sería forzoso trabajar? ¡Yo, tan inepto para toda labor sería! ¡Yo, a quien la neurastenia puso en trance de no poder siquiera contestar a mis cartas! Acongojado por aquel descubrimiento impío interrogué lleno de pavor:

—Bueno, ¿y qué me será preciso hacer para ganar la túnica?

—Es muy sencillo. Venga usted a ese rincón y agárrese.

Llegamos al rincón señalado por el hombre misterioso. Allí había una plataforma de hierro y una palanca de bronce.

—Súbase usted a esa plataforma y empuje usted esa palanca.

Lo hice. Al cabo de un momento estaba rendido. La palanca, entre mis pobres manos de rentista, pesaba como un pecado mortal.

—Siga usted, siga usted, hombre canijo y vago. Siga usted hasta que caiga un número en el timbre que se halla delante de sus ojos.

Miré. Había un timbre de metal, en efecto, verdugo implacable de mis brazos remolones. Proseguí la tarea. Al cabo, el timbre zambullóse en la pared surgiendo en su lugar el apetecido número 100.

—¡Basta! Acaba usted de fabricar cien sombreros. Se ha ganado usted su túnica.

Me la dieron. Vestíme. El 1.111.111, dándome un afable empujoncito hacia el ventanal, exclamó:

—Ahora vestido como un hombre civilizado, y con esta primera lección aprendida, venga usted. Entremos en el país de los hombres cultos.

Y subimos de nuevo al aeroplano, y dimos una enorme, magnífica volada sobre lo que ayer fuera Castilla y hoy es Orbe.

## II

El aeroplano volaba con una velocidad inverosímil. Su conductor, una especie de buzo silencioso, entusiasmado sin duda en la febril tarea, nos llevaba con presteza de rayo fugitivo. No se veía

nada. Las ciudades, los campos, los mares, las montañas, eran confuso torbellino que pasaba como una alucinación.

—¿Quiere usted que vayamos a Oceanía? Es cuestión de media hora.

Yo, que siempre fui un poco galante, apasionado y amigo de la mujer bonita y graciosa, preferí...

—Mejor iríamos a Sevilla. Tengo apetito. Comería con gusto unos boquerones y bebería una caña de amontillado. Además, sería muy oportuno buscar unas mujercitas de buen humor y hacerles bailar algo de la tierra. Considere usted que no he comido, bebido ni amado desde hace cuatro siglos.

El 1.111.111 pareció sorprenderse mucho.

—Habla usted un idioma desconocido para mí. ¡Sevilla! Tengo una idea de que la historia habla de una población que tenía ese nombre. ¡Boquerones! ¡Amontillado! ¿Qué significan esos nombres absurdos?

—Significan, mi distinguido señor 1.111.111, que tengo hambre, un hambre descomunal. Repare usted que mis pobres intestinos llevan cuatrocientos años de abstinencia. Vayamos a un café, y si no es posible, a una taberna. Tengo ahora demasiado apetito para que me preocupen la historia y la filosofía.

Pero el criminal no se ablandó:

—Habla usted como un caníbal repugnante. ¡Comer! Eso ha pasado, eso ya no se hace. Eso es vergonzoso, y de un materialismo bestial. Créame usted, una de las más viles afrentas humanas ha sido la de comer carne y pescado. ¡Asesinar todos los días a miles de pobres animales, despedazarlos, hacerles verter sangre, devorarlos con una glotonería soez...! ¡Qué horror!

Lo vi hacer un mohín relamido, hipócrita, de una espiritualidad zonza, disminuida, y continuó:

—El hombre moderno ha suprimido la crueldad. Antiguamente la vida era como una gran batalla. En los mataderos, la escena cotidiana y repugnante de la inmolación. En las calles, según tengo entendido, se deleitaban ustedes mirando las terneras descuartizadas, los cerdos rajados por el vientre, los pescados, las agónicas langostas, que a veces extendían sus largas patas moribundas implorando piedad, mil clases de horribles embutidos, carne picada, triturada, para regodeo de unos paladares asquerosos. Us-

tedes, los hombres que comían, eran una especie de antropófagos absolutamente repulsivos.

A mí, la verdad, esta enumeración de platos, aun hecha con tanta iracundia, sólo alcanzó a producirme un apetito cada vez más truculento. Sería bestial, pero yo he prescindido siempre de toda consideración metafísica ante un solomillo bien cocinado.

—Y menos mal —siguió diciendo el inapetente— que cuando se morían le daban ustedes un lógico desquite a la naturaleza entregándose al gusano como vianda macabra y atroz. Eran ustedes unos atrasados, créame usted.

—Entonces, ¿qué hacen ustedes para estar alimentados y para no ser comidos?

El 1.111.111 sacó de la faltriquera una pildorita.

—¿Ve usted?, contiene más substancia que todo un festín báquico. Es quintaesencia, elemento químico, síntesis de nutrición. Va directamente a la sangre, suprime la digestión, esa cosa tan sucia y tan desagradable, y sostiene la vida sin empachos, sin cólicos, sin hedores. ¿Quiere usted tomar una?

—Preferiría unos callitos bien sazonados; pero como estoy desfallecido, venga.

Me tragué la pildorita, y aunque no pude, como hubiera deseado, emplear mis dientes, súpome a gloria.

Instantes después, restablecido, confortado, arreboladas las mejillas y el pulso fuerte, sentíme ahíto cual si hubiera ingerido un buey.

—Aun así —dije como si hablara conmigo mismo—, ¡aque-llos filetes empanados que preparaba mi zafia Dorotea...!

—Esto se hace una vez al día. Los anémicos, los que necesitan sobrealimentación, se dan antes de acostarse una inyección de suero vital. Créame usted, no hay alimento que iguale a estos maravillosos productos.

—¡Vaya! —gruñí—. ¡Usted no ha probado el pote gallego! ¡Si lo probara no volvía usted a tomar esas pildoritas! Nutren, eso sí, ¡pero de una manera tan fría, tan breve, tan poco sibarítica! ¡Ustedes son unos hombres demasiado intelectuales! Han abolido ustedes lo mejor de la vida: el hostel. En fin —acabé permitiéndome una tímida frase irónica—, después de todo, ¿para qué necesitan comer unos hombres faltos de muelas?

—Las muelas, como el pelo, son de nosotros a ustedes como fue el rabo de ustedes al gorila. Los dientes, esos huesos en la periferia corporal, eran atributos de animal inferior. Lo mismo el pelo y las uñas. Nuestros organismos refinados han ido despojándose de tales huellas burdas y bárbaras. También hemos suprimido el bazo, un pulmón, un riñón. Del intestino apenas queda ya un tubo delgadísimo por donde expelemos la escoria infinitamente pequeña de las píldoras infinitamente asimilables. Ahora, un famoso médico tiende a llevar uno de los ojos, superfluo en la cara, al occipucio. Reconozca usted que ver por detrás es una aspiración legítima. Otro médico ha decidido ponernos un brazo y una pierna vueltos hacia la espalda. Es absurdo que no podamos alargar nuestras manos sino en un solo sentido, y que no podamos caminar hacia atrás tan aceleradamente como lo hacemos hacia adelante. También las orejas están situadas con poco sentido común. ¿Estorbaríanos una en mitad del cuerpo? Es ridículo que sólo nos sea fácil oír con la cabeza. Y así, mi buen amigo, sucesivamente. La cirugía prospera, adelanta de instante en instante, ya corrigiendo los absurdos que nos ha impuesto durante siglos una naturaleza perezosa, lenta para la evolución, que va muy despacio por el camino secular de los refinamientos.

Yo iba perdiendo la cabeza al oír aquellas cosas tan exquisitas, de un espiritualismo tan exagerado. ¿Qué dirían los hombres de mi tiempo, imaginé, si vieran niños con ojos en el cogote? ¿Y qué dirían al ver estas mujeres calvas y sin dientes?

—En mis tiempos —exclamé dirigiéndome al 1.111.111—, hubo algunas bachilleras que adivinaron las costumbres del porvenir. Estaban mondas, pero la coquetería hízoles inventar pelucas y dentaduras postizas.

Después, una pregunta que me venía escarabajeando, brotó en mis labios tímidos:

—Oiga usted, respetable señor, ¿de qué manera consiguieron ustedes sustraerse al gusano? Es un adelanto que me preocupa.

—Sencilísimo. Por la cremación. Esto ya es antiguo. Hasta me parece que hace cuatro siglos hubo profetas que lo expusieron a la estolidez y a la superstición ambiente. La cremación. ¿Hay algo más decoroso? Del cuerpo humano, tan vil dejándolo pudrirse, no quedan más que unas cenizas. De los hombres ilustres guardamos

la calavera. Unas y otras, en sus correspondientes globos de cristal, son guardadas en el gran almacén mortuario.

—Almacén —interrumpí yo piadosamente—, al que irán las familias para hacer sus rezos.

—¡Rezos! ¡Familia! Ambas cosas desaparecieron para no volver. Sólo han rezado los hombres religiosos, es decir, los salvajes, aquellos para quienes era un enigma la naturaleza, enigma sólo explicado por la existencia de un Dios invisible, omnipotente y vengativo. Nosotros, para quienes el planeta guarda ya muy pocos secretos, ni creemos ni rezamos. Ahora la familia...

Se interrumpió un instante el 1.111.111, y señaló con un dedo a la tierra:

—¿Ve usted? Oceanía. ¿Quiere usted que descendamos? ¿Prefiere usted el camino de América? Es cuestión de quince minutos.

—No, mejor será volar todavía un rato. Me interesa oírle.

—Bien...

Avanzó su cabeza hacia el mecánico, y le dijo:

—Dése una vuelta por los Andes, vuelva por el Himalaya, y otra vez a la Península Ibérica.

Luego, afable, impasible, como si hubiera dado la orden más natural del mundo, volvió a su tema:

—Decíamos que la familia...

Perdió sus ojos en el espacio, y afirmó:

—El sentimiento, la pasión, ya no existen en el mundo. Nuestros nervios, acuciados por la ciencia, ya no producen aquellas necesidades vanas que se decían amor, fidelidad... Entre nosotros el cariño es una fórmula social, un pacto, una disciplina, un egoísmo si así lo quiere usted. Nos amamos porque necesitamos los unos de los otros. En definitiva, sólo que poniendo los ojos en blanco y escribiendo leyes y madrigales, hacían ustedes igual. Nosotros, como desconocemos el amor, nos hemos ahorrado la familia.

—Entonces entre ustedes no existe la boda, ni la paternidad, ni todo eso tan bonito...

—La boda, no. La paternidad, a medias. Un ciudadano del siglo actual sabe que cuando los hombres eran bárbaros cortejaban a las mujeres, las perseguían, pillaban catarros bajo sus balcones, se casaban con ellas. Eso pertenece a un pasado pintoresco y lírico, realmente despreciable y ruin. Ahora, un hombre consciente sabe

qué es una mujer, en qué consiste una mujer, la analiza, la ve en todas sus entrañas, en todas sus células. No puede amarla. Se limita a comprenderla. ¿Sería posible que el anatómico, imbuido en sus experimentos, le cantara endechas al músculo animal que tiene ante su catalejo? Y luego, el afán de reproducirse está muy entibiado entre nosotros. No es un sentimiento romántico o una propulsión instintiva como era entre ustedes. Ahora es una curiosidad, un delirio, un pasatiempo, acaso una función que consideramos grosera, pero necesaria, para que no se acabe la especie. Créame, más bien causa dolor que placer. Hemos llegado al extremo de ser preciso halagar con premios importantes a los que pierden su tiempo, el áureo tiempo que reclama el estudio, procreando estúpidamente.

—Algo así fue necesario hacer en Francia cuando yo vivía.

—Sí; pero los franceses huían de la paternidad por vicio. Nosotros huimos por talento.

—Entonces, ¿cómo hacen ustedes el amor?

—Lícitamente. Nos acercamos a una mujer y le decimos: «Señorita, ¿se prestaría usted a tener conmigo un hijo varón, rubio, de ojos azules que llegue a ser, andando el tiempo, un gran matemático?».

—¿Y es posible anticipar esos detalles?

—Por completo. Admirables aparatos quirúrgicos, modernos rayos X de una potencia insospechada, sabias recetas, una verdadera esclavitud ejercida sobre el espermatozoide, lo previene todo, lo dispone todo. Precisamente ayer, por capricho, engendré un médico ilustre, un ingeniero eminente y un gran historiador.

—Le felicito a usted, caramba. Yo me hubiera limitado a engendrar uno sólo, y para eso, ignorando si me saldría torero o sacristán. Entre las damas de mi tiempo, y a pesar de su calva y de sus lamentables encías, lo hubieran estimado a usted mucho.

Pero el aeroplano se había detenido ante un edificio enorme.

—¿Madrid ya?

—¿Qué Madrid? Ustedes tan chicos, tan lentos, dividían la tierra en ciudades. Nosotros la dividimos en comarcas enormes. Mi casa está en la Península Ibérica, número 60.002.

—¿Y hemos llegado?

—Sí. Venga usted.

Entramos por el balcón y llegamos a un extraño aposento.

—Ahora —me dijo—, le referiré la historia del mundo. ¡Ah!, durante su catalepsia, mi buen camarada, han ocurrido muchas cosas.

Se acomodó sobre una silla de cristal, fabricó agua en un crisol eléctrico, bebió un trago, y empezó a decirme...

### III

Sumióse un instante en sus recuerdos, y exclamó:

—La historia de los cuatro siglos que usted permaneció trocado en momia es la más interesante del orbe. La humanidad avanzó durante su transcurso más que logró adelantar desde que surgiera en la tierra el primer hombre hasta la fecha en que usted quedóse dormido. Yo, sin decidirme por entero a las especulaciones históricas, pues mi profesión es la de arquitecto, he dedicado mis ocios a su cultivo, y tengo una idea bastante profunda y exacta de los grandes acontecimientos humanos. Por lo demás, nosotros, los ultracivilizados, como no hacemos el amor, ni comemos, ni jugamos, ni somos académicos, ni escritores, tenemos grande acción hacia todo lo que significa estudio y cultura.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Le daré a usted una vaga idea, esbozaré un resumen ligero de lo acontecido hasta el momento actual. Oiga usted...

Alzó sus largas manos en ademán profético, y siguió:

—Usted ha creído, sin duda, que su fingida muerte le sobrevino por algún terremoto, por alguna hecatombe sideral, ciega, no perpetrada por el hombre... Se halla usted equivocado. Aquello fue un acto de anarquismo. Durante un mismo día, y casi a la misma hora, fueron abrasadas por la dinamita, es decir, por una dinamita colosal, de más terribles efectos, Madrid, París, Berlín, Viena, Roma, Londres, Nueva York, Buenos Aires, Montevideo, Tokio, Pekín, Tánger, las grandes ciudades en su totalidad, y otras muchísimas de menos importancia. Este ha sido el acto más hermoso que realizó la humanidad. Fue una cosa épica, bellísima, que anuló todas las epopeyas del mundo. Usted recordará cómo se vivía entonces. De un lado los aristócratas, los capitalistas, los políticos, los demagogos, los frailes, los jefes del socialismo, los poetas, toda la gente enredadora y holgazana, empeñados en conservar su pos-